







Cuentos de "La Provincia"

LA MANIA DEL SEÑOR FESSENDEN

POR GEORGE ALLAN ENGLAND

(Continuación.)

Al pie de la tarjeta se leía: "The Mercury", y la fecha: "Junio 8".

—Admirable! —murmuró Ashley—. Un hombre paga por conseguir ratones vivos, y otro hombre, un mes después, paga con su vida la muerte de unos cuantos ratones. Contrariedades de este mundo... Pero... ¿por qué un biólogo ha de comprar ratones? ¿No puede criarlos, como otros crían conejos o chanchitos de la India?... Salvo que necesitase una gran cantidad, una... enorme cantidad...

Nada costaba visitar al biólogo. Ashley se trasladó al número 33 de la calle Kilgour. Y allí le enteraron que el sabio se había mudado una semana antes sin dejar su nueva dirección.

La posible pista debió ser abandonada por el detective. Sin otro dato que pudiera orientarlo en el esclarecimiento de aquel "accidente", Ashley se limitó, durante dos días, a la lectura de las crónicas periodísticas sobre la muerte de Fessenden. Supo, así, que Fessenden había nacido en Nueva London, que era autor de varios folletos de los métodos más eficaces para el exterminio de los roedores y que había inventado poco menos de ochenta y cinco mil dólares fomentando investigaciones científicas destinadas al mismo objeto. Este último detalle no dejó de sorprender al detective, por supuesto. Otra novedad, que podía tener alguna importancia, era esta: un tal Simón Lenhart, de Chicago, heredario, seguramente, al viejo Fessenden quien había adquirido una póliza de seguros en "La Mutual".

Ashley se presentó, al tercer día, en la casa de la calle Washington, y entabló conversación con el portero, luego de ofrecerle un cigarro.

—Dígame, señor Hicks —preguntó el detective al negro—. ¿El viejo Fessenden era tan tacaño como aseguran?... ¿No le daba propinas?...

—¿Propinas?... ¡Jamás, señor!... ¡Nadie hubiera sido capaz de sacarle un cobre!...

—¿Yo creí, sin embargo, que tendría muchos amigos y que sería generoso con ellos.

—¿Amigos?... ¿Qué esperanza! El viejo vivía solitario. La única persona que lo visitaba a veces era el doctor Nazro, su abogado.

—¿El doctor Nazro?

—Sí. Una vez vino también, pero hace cosa de dos años, un primo que vive en Chicago. Creo que el señor Fessenden no estimaba mucho a su pariente. Y me parece que estaban peleados.

—¿Ajá! —hizo Ashley—. Este... ¿y qué me dice de los ratones? ¿Hay muchos, todavía, en el departamento?

—No, señor. Es curioso. Han desaparecido.

Deslizando un billete en la diestra del portero, el detective puso fin a la conversación.

Ashley se trasladó en seguida a la farmacia más próxima y pidió "Nitrobano". El farmacéutico le confesó que jamás había oído hablar de ese producto. El pedido, formulado en otras boticas de los alrededores, obtuvo la misma respuesta.

—Bien —se dijo el detective—. Ezra Fessenden era especialista en la materia. Habrá adquirido el producto directamente. Sería interesante, sin embargo, ver hasta qué punto entendía de estas cosas.

Una visita a la Biblioteca Pública le permitió comprobar que Ezra Fessenden era autor de los folletos que se le atribuían. Pero el detective sólo pudo obtener de sus lecturas un dato de importancia: los folletos habían sido publicados por la "Liga Internacional para el exterminio de las ratas", cuya sede quedaba en el número 58 de la calle Pemberton.

Terminada la lectura de los folletos, el detective fué a casa de su amigo, el doctor Petit.

—Escucha —dijo al médico—. Fessenden ha sido asesinado. No me cabe duda.

—¿Asesinado? —se extrañó el médico—. ¿Estás loco, hombre! Murió por haber inhalado el nitrobenzol del raticida.

—¿Has hecho la autopsia del cadáver?

—No lo creí necesario. Era evidente que la muerte había sido producida por el nitrobenzol.

—¿Analizaste el veneno?

—Tampoco me pareció necesario, aunque al principio me propuse hacer el análisis. Conozco el nitrobenzol y sé cómo actúa. Recibe el nombre vulgar de aceite o esencia de mirbana...

—¿Sí —agregó Ashley—, y su fórmula es C6H5NO2. Tiene olor a almendras amargas y, aunque es un veneno potente, se lo emplea en la fabricación de caramelos y perfumes. ¿Crees que se le vende también bajo forma de raticida?

—No lo he averiguado —repuso el médico—. Pero la etiqueta de la cajita mencionaba el nitrobenzol. Supongo, pues, que su expendio es libre.

—¿Tal vez...? ¿No tienes inconveniente en facilitarme la cajita y el resto de polvo por algunos días?

—Ningún inconveniente. Pero... ¿qué piensas hacer con la cajita?

—Haré analizar el polvo.

—¿Analizar el polvo?... ¡Si ya conoces la fórmula, hombre! El químico no hará más que eso: averiguar la fórmula.

—No importa. Dame la cajita.

—Toma... Te ruego que me la devuelvas cuando hayas terminado.

Ashley quiso ir a conversar un rato con

el gerente de la "Whitman Chemical Co." que fabricaba el "Nitrobano". Pero se encontró con que el número 335 de la Atlantic Avenue no correspondía a ninguna fábrica de productos químicos.

—Me lo sopechaba —limitó a comentar Ashley, leyendo por última vez, con una sonrisa, la etiqueta de la cajita. La etiqueta decía muy claro, sin embargo: "Whitman Chemical Co. 335, Atlantic Avenue. —Boston."

Y fué enseguida a casa del doctor Nazro, abogado del viejo Fessenden, previa consulta a una guía telefónica para obtener la dirección del personaje citado por el portero de la calle Washington.

—Soy representante de la compañía La Mutual de Nueva Jersey —dijo el detective al doctor Nazro, entrando en el bufete de éste—. Desearía conversar con usted acerca de una póliza contra accidentes que había adquirido en nuestra compañía uno de sus clientes: el señor Ezra Fessenden, fallecido hace poco.

—¿El señor Fessenden?... ¿Tenía una póliza de seguros en una compañía de Nueva Jersey? —pareció extrañarse el abogado.

—Sí, doctor. Una póliza de 25,000 dólares...

—¿Esto es una novedad para mí!... ¡Jamás vi, entre sus papeles, ninguna póliza.

—¿No?... ¿Es raro!... La habrá perdido, entonces... Pero nuestra compañía —continuó el detective—, no aprovechará esa circunstancia para eludir el pago, doctor. Nos bastará una copia del certificado de defunción... A los treinta días de su presentación entregaremos los veinticinco mil dólares. ¿Podría usted facilitarme copia del certificado?

—No tengo más que pedírsela al doctor Petit. El fué quien examinó el cadáver. Dentro de veinticuatro horas se le enviaré por correo... ¿A qué dirección, señor?

Ashley dió el número de una de sus casillas de correo. Luego, consultando una libreta, explicó al abogado:

—La póliza tiene dos beneficiarios: el señor Josephus Rachope, de Nueva York y... El nombre del otro beneficiario está un poco borrado. Pero es un señor que vive en Chicago...

—¿En Chicago?... Entonces ha de ser el señor Lenhart...

—¿Ah, sí!... ¿John Lenhart?...

—No: Simón Lenhart —corrigió el doctor Nazro—. Es primo y heredero de Fessenden.

—¿Heredero?... ¿Era muy rico el señor Fessenden?

—Tenía su pasar —contestó el abogado. Pocas palabras más y el detective abandonó el bufete del abogado para volar a una oficina química.

Al día siguiente, por la tarde, el señor Simón Lenhart, primo del muerto, recibió en su oficina de arquitecto la visita del detective, que se había trasladado a Chicago para proseguir sus investigaciones.

—¿Qué desea? —le preguntó Simón Lenhart, con aspereza—. Si es usted un corredor, le advierto que no necesito nada.

El detective sonrió: —Soy un corredor, efectivamente. No necesito tampoco el importe de una póliza de seguro adquirida, a beneficio de usted, por el señor Ezra Fessenden, en la compañía "La Mutual"...

—¿Eh?... boqueó el arquitecto—. Y... y... ¿de cuánto es la póliza?...

—De veinticinco mil dólares. Usted es uno de los dos beneficiarios. Porque estoy hablando, si no me equivoco, con el señor Simón Lenhart, primo del señor Ezra Fessenden. El otro beneficiario de la póliza es la "Liga Internacional para el exterminio de las ratas". La póliza era de 25,000 dólares.

—¿La Liga Internacional?... repitió Simón Lenhart—. ¡Ah, las chifladuras de mi tío!... ¡Después de haberse gastado toda la fortuna en la extinción de ratas!... ¿Y cuanto le toca a la Liga?

—En un principio la Liga era beneficiaria del veinticinco por ciento. Pero el señor Fessenden modificó esa proporción. La Liga recibirá el cincuenta por ciento. Y si el señor Fessenden hubiera vivido algunos años más, quizá la Liga habría terminado por ser el único beneficiario.

Lenhart hizo una mueca y, en seguida preguntó:

—¿Usted viene a pagarme?

—No. Usted cobrará por intermedio del abogado de su señor primo.

—¿Por intermedio del señor Nazro?

—Sí, el doctor Nazro vive en Boston. Usted podía trasladarse a esa ciudad. Para un hombre de su profesión, Boston ofrece muchos motivos de interés ¿verdad?

—¿Boston?... ¡No, señor! Boston es una ciudad horrible, desde el punto de vista arquitectónico. ¡No hay más que fijarse en la estación ferroviaria! Parece una torta de confitería.

Ashley, que se enorgullecía de haber nacido en Boston, palideció. Murmuró algunas palabras de despedida, y salió a la calle.

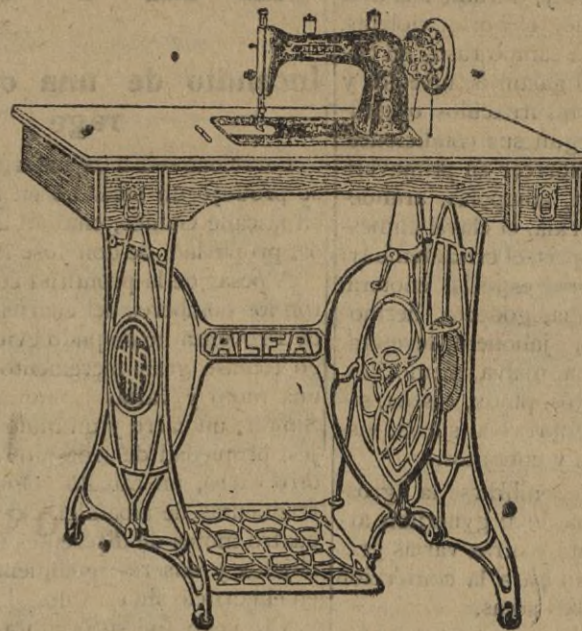
Las averiguaciones no habían terminado. Una vez en su domicilio de Boston, el detective preparó los últimos detalles de su plan. Era necesario aclarar un poco el misterio de las ratas. Para ello convenía inspeccionar las casas contiguas al edificio custodiado por el negro Sam Hicks. Fessenden había vivido en Washington 2161. El detective Ashley penetró primero en la casa señalada con el número 2159 de la misma calle. Pero comprobó, en seguida, que allí no tenía nada que hacer. El edificio era nuevo y estaba construido en cemento. Fué luego al 2163, casa antigua y cuyas paredes eran al padecer, de ladrillo. Trepó hasta el quinto piso, llamó a una puerta donde se destacaba una tarjetita con el nombre del inquilino, y;

(Continuará.)

SDAD. A. COOP.

"ALFA"

Primera manufactura española de máquinas de coser



La Sociedad «ALFA» garantiza sus máquinas de coser de todo defecto de construcción o materiales por diez años

Ha tenido en cuenta todos los perfeccionamientos mecánicos y manufactureros para fundar su crédito industrial sobre la más alta calidad de sus productos. Pídale un catálogo gratis a

MAQUINAS DE COSER "ALFA"

EIBAR (España)

REPRESENTANTE

ELIAS PALMA, Miguel Redondo, 21.-HUELVA

ESTOMACO

Una buena digestión asegura la salud y equilibra, en la mayoría de los casos, a robustez y bienestar físico e intelectual. El



ELIXIR ESTOMACAL SAIZ DE CARLOS

tonifica y abre el apetito; cura el dolor de estómago, acidez, dispepsia, vómitos, diarreas en niños y adultos, dilatación y úlcera de estómago, etc., etc.

INTESTINOS

AGENDAS -- DIETARIOS

Plumas Estilográficas

Artículos para regalos

PAPELERIA INGLESA

HUELVA

BAZAR MASCAROS.-HUELVA

GRAN SURTIDO

EN

Estufas de Petróleo

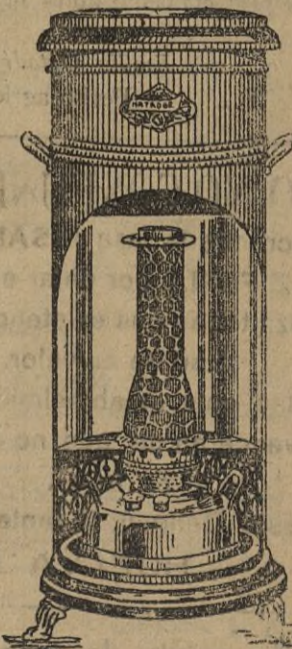
Y ELECTRICAS

SALAMANDRAS

Braseros de Hierro y de Metal

GRANDES EXISTENCIAS EN

LINOLEUM



FLORENTINO DE AZQUETA

Aceites minerales y grasas.—Empaques duros.—Gomas

Correas de cuero y pelo de camello

Herramientas - Cables - Palas - "Basconia"

EFFECTOS NAVALES

Consignaciones y exportaciones

de productos regionales

SUCURSALES Y DEPÓSITOS:

Sagasta, 18-Ripartado 62

Huelva - Cádiz - Laredo - Tordes - Villa San Juan

HUELVA